

La sede de la Unesco en Beirut, que alberga a su vez la embajada de España en el Líbano, es el punto de partida de la exposición «Quiasma», con la que la Fundación Tres Culturas del Mediterráneo muestra el valor de la convivencia y la mezcla de culturas. Lo hace a través de la pintura de Rudolf y Alejandro Häsler. En su itinerario viajará por Siria, Jordania y, ya de regreso a España, Sevilla.

# Si quieres la paz, prepara la pintura

TEXTO: DOLORS MASSOT FOTOS: ABC

Entre las dolencias que no registra el vademécum de los médicos de cabecera, se encuentra el «mal de África». Uno de sus síntomas es que ni siquiera el afectado puede describir exactamente lo que ocurre en su interior. Es un proceso a veces lento que consigue atraer a quien acude a aquel continente hasta el punto de tomar posesión de su alma. La herida queda en la memoria, pero quien la padece no desea ser curado.

Precisamente esa herida es la que produjo África en la retina de dos artistas, primero Rudolf Häsler y más tarde su hijo Alejandro. Un mal que se descubre con el viaje al continente pero se aviva cuando uno se adentra en la historia de la Península. Es ahí cuando se produce un entrecruzamiento entre presente y pasado, lo que los griegos llamarían «quiasma». Pero existe un segundo «quiasma» de carácter superior: es el cruce de culturas, la mezcla con el mundo árabe. De ahí que la exposición que se presenta en Beirut estos días lleve por título este vocablo griego, que como todo el lenguaje clásico, es preciso pero suscita numerosos niveles de lectura. Habla de un cruce de caminos, de la relación familiar entre artistas y artística entre familiares, de establecer un diálogo con lo ajeno.

La exposición es ambiciosa no sólo porque reúne 180 obras sino porque aparece en un momento en que es difícil hablar con serenidad de las relaciones entre Occidente y el Islam. Un arma para desactivar a los violentos es, en este caso, la pintura que nace de una comprensión profunda, de un haber observado el territorio y las personas en silencio y con detenimiento.

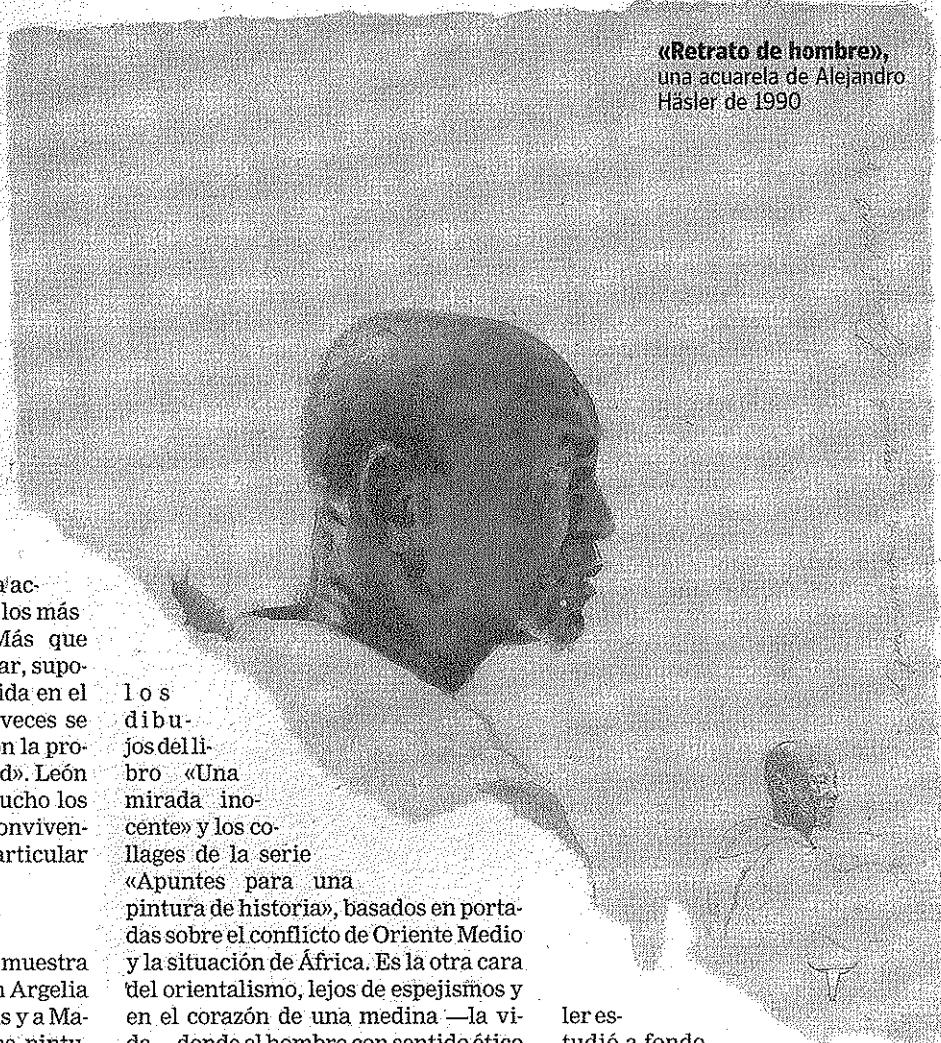
Rudolf nació en Suiza, vivió en Cuba y falleció en España en 1999. Alejandro

Häsler nació en Santiago de Cuba en 1959 y vive desde hace años en Sant Cugat del Vallés aunque ha residido en Italia (Florencia y Carrara), Nueva York y China. Antes que las de estos viajeros, las telas y los papeles de muchos pintores europeos —principalmente del XIX— mostraron la fascinación por Oriente, desde Delacroix a Mariano Fortuny.

El comisario de la exposición, Bernardino León Gross, coordinador de la Fundación Tres Culturas del Mediterráneo, señala que «la experiencia de la convivencia es más rica que cualquier reflexión, y esa es la actitud que tomaron algunos de los más importantes orientalistas. Más que una opción intelectual o escolar, suponía optar por una forma de vida en el respeto a una cultura que a veces se asimila desde lo que la une con la propia y a veces desde la alteridad». León asegura que «de eso saben mucho los Häsler, a través de su larga convivencia con otras culturas, en particular con las del norte de África».

## La otra cara del orientalismo

En el caso de Rudolf Häsler, la muestra evoca una primera estancia en Argelia y el regreso posterior a ese país y a Marruecos. Alejandro expone las pinturas y dibujos de Mali, pero el «quiasma» no queda ahí porque en esta propuesta uno se encuentra con Goya, con El Greco, con las fotografías que los periódicos roban a la realidad, con el dolor y la muerte... Más adelante pueden verse, en el caso de Alejandro Häsler,



«Retrato de hombre», una acuarela de Alejandro Häsler de 1990

Los dibujos del libro «Una mirada inocente» y los collages de la serie «Apuntes para una pintura de historia», basados en portadas sobre el conflicto de Oriente Medio y la situación de África. Es la otra cara del orientalismo, lejos de espejismos y en el corazón de una medina —la vida— donde el hombre con sentido ético de la existencia no puede permanecer indiferente ante el sufrimiento ajeno. Porque no es ajeno.

Quien a estas alturas del recorrido no encuentre un motivo para mirar a su alrededor, no comprenderá las voces de la última serie con que se cierra la exposición. Doce retratos de personas sordomudas a las que el artista ha unido el suyo propio, en un paralelismo que conduce hasta los retratos de los Apóstoles de El Greco, completados con tres paisajes.

## Miradas y silencios

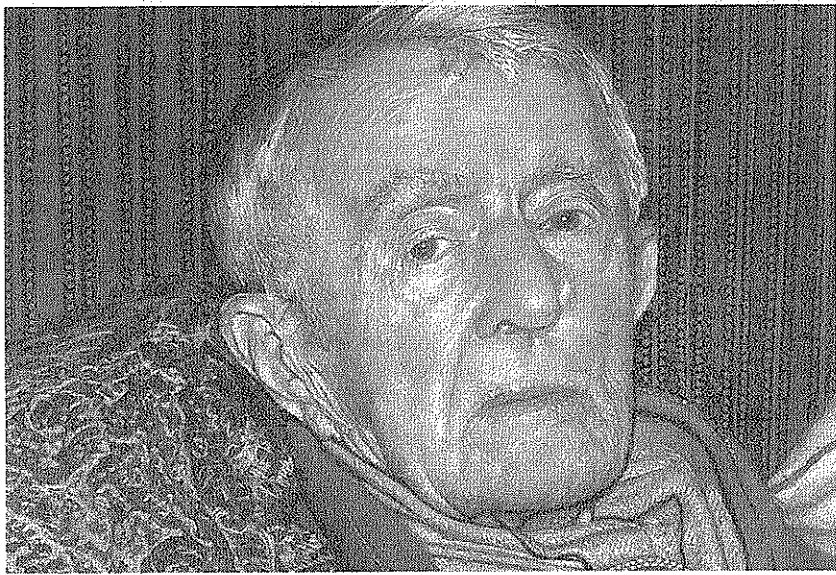
El gesto y el silencio de los personajes, como el del territorio, invita a sumergirse en la reflexión y contemplar la obra para dejar que sea ella la que hable por sí sola. Sólo entonces se descubre el instante de luz sobre las aguas del Delta del Ebro o la belleza del rostro en cada uno de los personajes. Es lo que el artista llama «Muda elocuencia».

«Quiasma» es un punto de llegada y un punto de partida, como su propio nombre sugiere. Rinde homenaje, por una parte, a los orientalistas españoles y franceses que Alejandro Häs-

ler estudió a fondo antes de viajar a Mali o que su padre había descubierto y redescubierto cuando quiso «detener» el tiempo en Argelia o Marruecos. Al mismo tiempo, propone nuevos caminos para el entendimiento al valorar más lo que une que lo que divide a los pueblos.

«Entiendo la historia como recuperación del pasado para replantearlo en el presente y enviarlo al futuro», dice Alejandro Häsler, como si el espíritu de la Escuela de Traductores de Toledo —de la época de Alfonso X el Sabio— paseara todavía por los pasillos de la muestra.

La pintura, como la música, es un lenguaje universal que no sabe de fronteras. La mirada llega más lejos que el mapa y la brújula. En este caso, va en son de paz pero con ese mismo ánimo desafía el «choque de civilizaciones» y no renuncia a hablar en favor de la paz. Una exposición comprometida que viajará por tres países en situación de amenaza bélica con el mensaje de que es posible la paz y que tal vez la pintura sea un buen escenario para valorarla.



«Retrato de Paul Bowles», pintado por Rudolf Häsler en Tánger en 1997

S.G.